

## MORITO Y OTRAS BESTIAS DEL LUGAR

Cuando Morito subió la cuesta, le pesaban hasta los cuernos: abiertos, sinuosos, largos, puntiagudos y descuadrados pero siempre dispuestos a embestir a quien se pusiera por delante.

Al cruzar el río a la derecha, se ofrecía todo el ganado diverso que se pueda imaginar: ovejas, cabras, vacas, caballos, toros, piaras de cerdos y mulos. Todos pululaban libres por el campo en la Feria de San Mateo.

Las pesetas y los duros circulaban por doquier y el trueque también reinaba entre gitanos y payos, entre payos y gitanos.

Las tabernas se llenaban y el vino corría de vaso en vaso con buena tapa.

Morito era musculoso y andaba despacio con sus trescientos kilos recién comprado.

Con mucha paciencia costó unas semanas amaestrarlo porque deseaba escapar, pero al final aceptó el yugo, el horcate y el frontil de esparto con dos borlas para evitar las moscas. Y lo mas importante, conseguimos que sacara su enorme lengua para comer de la mano; yero, o lo que le ofrecieras tranquilamente, pero siempre con cuidado a una posible embestida porque bufaba de rabia de verse atrapado.

Buena Feria la de La Puerta, que en esos días se llenaba de animales, gentes de otros lugares que recorrían el camino andando, en mulos o en carretas.

-Ponle primero el yugo a Morito –le dijo Diego a mi padre.

Era buena idea porque Barquillero, al que también compramos en San Mateo, se acercó manso al lado de este buen toro y se dejó acariciar como una gran bestia entre los olivares siguiendo los pasos de Morito que reinaba la yunta mandando en la cuesta y dirigiendo libremente a los dos en el llano.

Y si los llamabas, venía uno y se acercaba el otro siguiendo sus pasos: lentos, pesados, hundiendo las patas en la tierra como si de unos enormes elefantes se tratara. Pero sin prisa, a un ritmo sosegado y tranquilo.

Para que estuviesen tranquilos por la noche, preparamos unos pesebres en los cuales seguían atados con las sogas de tal forma, que no podían embestirse el uno al otro mientras permanecían descansando. Había que estar alerta con ellos, amansados sí, pero salvajemente salvajes como animales del campo que eran: libres, fuertes y belicosos pero llenos de una belleza irremediable.

Cuando subí a un barco por primera vez, no adivinaba que existieran otras tierras sin olivares. Era un mar intenso azul como el cielo que atravesamos despacio, inagotable, irresistible, con más agua que en el pantano del Tranco. Fue increíble. Me resultó maravilloso poder conocer otras ciudades que existían en pequeñas islas de España. Al principio desconocía en qué mapa estaban, pero se trataba de tierras lejanas que me ofrecían una vida alternativa a la vivida en Los Aragones, donde me crié y viví parte de mi existencia.

Pero lo desconocido también asustaba. Todo era nuevo para mí acostumbrado al campo, a la recogida de aceituna en invierno, a la poda con hacha, a la siega en verano, a las bestias y a corretear libremente por los montes con un zurrón y unas alpargatas.

-Tú también deberías escapar de Peñolite –le dijo Diego a mi padre.

Y seguíamos labrando con los toros por las interminables cuestas de la Dehesa. Uncíamos a Morito primero y Barquillero se acercaba después: pesado, perezoso, despacio, como que no iba con él estirar de una reja de labranza para arrancar la tierra a pedazos de las entrañas del monte, a veces blando pero en la mayoría de ocasiones desgarrando pedregales y rompiendo rocas, que más de una vez necesitábamos acercar la reja al herrero del Puente para “refinarla”.

-Que toro más gandul –le comentaba mi padre a Diego. No hay forma de que se mueva. Si no fuera por Morito no alcanzamos la besana.

Barquillero era rojizo, grande y hermoso pero lento como una tortuga. Lo compramos también cuando Morito y bufaba mucho porque no le gustaba el trabajo, ni las pendientes, ni arrancar las piedras a base de estirar del pesado armatoste que le habían impuesto. Que le oprimía, que le hacía dar patadas al aire intentado dañar a alguien o escapar corriendo. Tal vez con su dueño anterior, habría sufrido alguna paliza que recordaba y de la que quería resarcirse. Manso pero salvaje seguía a Morito y éste estiraba de él, porque era vago como él solo y no quería mover las fuertes patas y menos, realizar esfuerzos que no fuera espantar las moscas con el rabo.

-Acércate con mucho cuidado y dale con la vara para que trabaje. Pero con la vara larga que no te alcance una coz.

Y así lo hicimos, la vara de metro y medio nos servía para mantener una distancia prudencial con estas bestias salvajes del demonio que no se movían si no era a base de atizarles con la tralla, excepto a Morito que no le hacía falta.

Y seguíamos trabajando de sol a sol con nuestro almuerzo: “tajas” de tocino, morcillas, queso, migas de pan seco, conserva de membrillo y una cantimplora para el agua que llenábamos de alguna fuente cercana y que aplacaba la sed del duro trabajo que el campo producía. Unas alforjas transportaban los alimentos y el hato en una burra pequeña, que era lo único que poseíamos.

Cuando llegué a “Palmas” me pareció una ciudad enorme. No había visto algo semejante por la Sierra de Segura; ni Beas ni Jaén juntos eran suficiente como para albergar a tanta gente que se movía por todos los lados de la ciudad como hormigas. Observé los primeros coches que circulaban como locos y la gente entraba y salía de multitud de locales abiertos aunque hubiera anochecido. El turismo extranjero había aparecido gratamente y Mallorca se estaba convirtiendo en un lugar privilegiado; su clima, sus playas, sus islas, su incipiente ocio y diversión, todo hacía un conjunto maravilloso para albergar a multitud de turistas que necesitaban gente a su alrededor. Oficios de todo tipo eran requeridos para realizar multitud de tareas: camareros, personal de limpieza, albañiles, empleados para hoteles, conserjes, cocineros, obreros, cualquier oficio tenía cabida porque todos los servicios eran pocos para cubrir las necesidades de tanta gente, sobre todo, en los meses estivales que se multiplicaba la población como si no hubiera un mañana. Las vacaciones laborales se estaban imponiendo y no sólo aparecía un turismo internacional sino también un pequeño número de turismo nacional que empezaba a resurgir y a reivindicar sus derechos al bienestar y al ocio en un régimen que al final estaba en proceso de abrirse tanto cultural como socialmente al resto del mundo. Todo era bueno. Y se ofrecían nuevas perspectivas para la sociedad española pues cada año aumentaban las personas que por

las condiciones laborales sentían la necesidad de engrosar un sector servicios que requería mano de obra abundante.

Barquillero era un gandul de nacimiento. Y pronto fuimos a venderlo a la Puerta. Allí encontramos a un toro fuerte, musculoso, más grande que ninguno. Tostado, con los cuernos parejos que lo hacían peligroso pero manso y bueno. Lo que parecía en principio una buena compra, resultó ser un total desastre. Navegante, lo que tenía de enorme, sus casi quinientos kilos así lo pintaban, lo tenía de lento, pesado, tosco y vago. Resultó ser el más holgazán de todos, no valía ni para comer. No sabemos cómo llegó a La Puerta y cómo no lo vendieron para carne en vez de llevarlo como bestia de tiro, porque para que moviera un músculo era necesario arrearle con la tralla fuertemente y a veces coceaba y arremetía contra nosotros bufando por lo que había que alejarse lo más prudentemente de él y azuzarle para que moviera una pata, estirara con fuerza del arado y acompañara a Morito que siempre tensaba primero dirigiendo la yunta y que gracias a él las labores salían a flote. Eso sí, había que alejarlos en la cuadra pues se arremetían uno contra otro pudiendo herirse con la peligrosa cornamenta. Por eso les echábamos de comer siempre por delante de los pesebres en un pasillo que hicimos a propósito para no pasar por detrás de sus cuerpazos robustos, de cuatrocientos o quinientos kilos que iban adquiriendo con el tiempo.

Recuerdo que la única vez que Barquillero salió corriendo, ocurrió cuando un puñado de moscas le atacó de tal forma las orejas que echó a correr despavorido, asustado, fuera de sí, con una velocidad inusual con su pesaje. Inimaginable, nunca vista ni en los documentales de búfalos en estampida. Tuvimos que soltarle el arado para que

unido a Morito con el yugo pudiera huir por la Dehesa y éste lo apaciguó, lo tranquilizó y frenó en su carrera que parecía que no tenía fin.

Pues no creo que Navegante, así nombramos al nuevo toro, de pesado y gandul que era, hiciera los cien metros en cuesta en las mismas circunstancias. Literalmente, se hubiese dejado comer por las moscas de perro que era.

A veces los dejábamos sueltos entre los olivos y allí descansaban y comían de todo lo que encontraban: ballico, forrajes, avena loca, mielga, lenguazas, cadillo, amapolas y aquello que podían arrasar con sus bocazas y lenguas húmedas. Y cuando hacía frío nos recostábamos con ellos a descansar para que nos dieran calor. Ya en los corrales los pesebres les proporcionaban paja corta, yeros y pienso que los toros rebuscaban con el hocico. Y bebían agua lenta y pausadamente, igual que eran de tranquilos y cachazudos para todo.

Les acercábamos panochas con la mano y acariciábamos un poco, pero por lo general, era mejor ni dirigirles la palabra por lo ariscos que se mostraban.

En una ocasión, Morito corrió en San Marcos, parece una tontería pero para cualquier toro que se precie, debe ser una experiencia irreprochable de reconocimiento propio a su bravura. Una condecoración a su carrera y corta vida. Algo así como hoy en día correr en las fiestas de San Fermín de Pamplona. Lucía un collar de campanillas y una soga que le amarraba por las calles de Beas de Segura por donde caminaba despacio, torpe y “toposo” pero sin provocar ningún miedo.

Y allí estuvo bravío y pausado con su cornamenta torcida y eso no se lo niega nadie.

Después de finalizada la fiesta lo soltaron por el campo y él solito apareció en Los Aragones, fue a su casa, a donde llegó caminando manso, rebuscando hierbas por la

cuneta tranquilamente por los caminos, como quien da un paseo con la fresca de la noche.

Cuando quisimos venderlo, porque ya era muy mayor y sus fuerzas de varios años de trabajo en el campo lo estaban mermando bastante, mi padre le dijo a Diego:

-No lo sueltes hasta que no te paguen.

Y así lo hicieron. Cuando cobraron lo que pidieron por él, quedó suelto y no tardó en entrar en batalla con otros toros de la feria y empitonar al que se le pusiera por delante. Aún conservaba la fiereza de su raza y corneó a otro toro que fue a caer por un terraplén y aún así, dio la vuelta y se acercó a buscarlo en su caída con tal bravura que si no hubiese sido por los presentes que lo alejaron lo descuartiza.

A la Feria de la Puerta de Segura mi padre y Diego iban andando por los caminos desde Peñolite arreando de los animales pasando por Los Llanos de Abajo, Los de Arriba y dejando el trecho que sube a los Yeguarizos a la derecha y un poco más abajo, a la izquierda, las ruinas de la fortaleza de Bujalame. Después, bajaban todas las cuevas del Prado Montañar y Las Tabas hasta que cruzaban el puente del río Guadalupe y al llegar a un terreno de la derecha, donde se celebraba la Feria y se encontraban todos los animales sueltos cerca del río, se reunían en las casetas donde poder echar un buen vino en esos días de fiesta, baile y mercado de finales de Septiembre. Eran los días donde Daniel “el ciego” de Cañada Catena, tocaba el acordeón en un tenderete, y se bailaban a su son: pasodobles, mazurcas, tangos y otras coplas de la época.

Navegante también se vendió allí, pero era tan mala bestia que no pasaba ni por oveja.

Incluso tuvimos un perro que era muy bueno. Tenía dos manchas encima de los ojos con las cuales aparentaban tener cuatro y por ello lo observaba todo a la perfección. Una vez que estábamos labrando y un vecino se acercó a registrar en mi chaqueta buscando chisque en el hato, le mordió. Le dejó el pantalón desgarrado, mordiscos en la pierna sangrienta y también sin fumar. Avisaron al Municipal de Puente de Génave y casi lo sacrifican pensando que tenía la rabia. Le acercaron un chusco de pan y plácidamente, se lo comió. Al parecer, esto indicaba que no tenía dicha enfermedad. Simplemente su defecto fue defender lo suyo con ahínco del buen perro guardián que era.

En otra ocasión dejamos tantos enseres de trabajo en el Nobaleal que el perro, por sí sólo, decidió quedarse a vigilarlo, pero hizo tan mala noche que empezó a nevar, cogimos un mulo y subimos a buscarlo. Se llamaba Cuqui y cuando murió de viejo lo enterramos en un solar de olivas enfrente de nuestra casa donde actualmente tiene una vivienda un hijo de Diego.

Otra perra que tuvimos, llamada Canela, que venía de la Venta del Tufo, fue ahorcada vilmente cuando me ausenté un tiempo para hacer la mili por un individuo al que no le caía muy bien. Este hecho me produjo un gran pesar, pero eran tiempos donde la vida humana valía poco y mucho menos la de los animales.

Cuando volé por primera vez hacía “Palmas” no salía de mi asombro. El mar era tan inmenso y el cielo se confundía. Reconozco que me asustaba una barbaridad el no tener los pies en la tierra pero si uno soporta trabajar con animales de cuernos asesinos que te miran reacios a la vara con los que siempre había que tener cuidado, aquello podría superarlo. El miedo a los aviones es algo natural y al fin y al cabo somos humanos que exponemos la vida constantemente.

Las islas se veían pequeñajas a lo lejos. Ya más cercanas, encima de ellas, era otra cosa. Y al aterrizar, después de un apretón de oídos que se me ponía en las orejas, llegaba la tranquilidad y me puse a buscar trabajo.

Este podría ser mi futuro, pensé. Mira que me gusta mi tierra. No quisiera abandonar estas montañas, ni Los Aragones, ni Beas, ni la Sierra. Ni a mi familia en Peñolite. Y disfrutar de la Feria de La Puerta y cambiar allí aunque sea a una gallina por un gallo, un lechón por una cabra o un toro viejo por una mula y trapichear con los gitanos.

Parece un buen sitio para criar a mis hijos; ¿qué futuro les espera en estas tierras? En estas islas puede que tengan oportunidades de progresar, de estudiar algo, de trabajar en lo que les guste y no verse obligados a seguir los pasos que hemos seguido los lugareños, sus antepasados, a sudar por unos reales detrás o delante de los animales de tiro o de carga, de tierras de olivos, de sufrir en el campo, de llenarse de hambre que lentamente te consume y que no adviertes que existe algo más que seguir trabajando en la miseria, en vivir por vivir o subsistir en la más recóndita aldea donde te ha tocado nacer. Y no progresar.

Después de vender a Morito, Barquillero y Navegante, compramos dos vacas en la Feria. A una le pusimos de nombre “Morita”, tal vez en memoria del gran toro de labranza, fuerte y bueno, aunque conservando su braveza, que fue Morito. A la otra le llamamos “Vinatera”, no recuerdo por qué, pero ahí se quedó. La primera era negra con la panza blanca y los cuernos bien puestos. Vinatera era más pesada y grande, de un color marrón tostado y un poco vaga. Las dos resultaron ser más mansas que los toros, por lo menos no daban coces ni arremetían con los cuernos. Y las dos fueron a parar a la aldea de Los Aragones donde les hicimos un chamizo de tierra, barro y piedras de una

forma tan sencilla que a los pocos días se vino abajo y tuvimos que reconstruirla con palos y tejas de una manera más robusta y prepararles unos pesebres.

Después de labrar en La Solana, nos marchábamos con las vacas a labrar los olivares de Peñolite. Desde Los Aragones pasábamos por el cortijo del Cigarrillo, más tarde, por el de la Tía Cristina, la fuente de La Losa, cerca de Los Valencianos que se quedaba a la izquierda y cruzábamos por una gran hombría de pinos hasta llegar a la fuente del Tuerto y así bajábamos todas las cuestas hasta llegar a la Dehesa de Peñolite. Trabajamos en La Viña, Las Canalejas, La Baña y El Nobaleal. Como eran meses fríos de febrero y marzo, siempre nos caía una chaparrada por el camino o en la labranza. También subíamos a Los Contrabandistas, Las Banderillas, Barranco Negro o Los Yesares, sin olvidar: El Sestero, Los Muertos o Las Alberquillas. Las vacas se portaban bien en el trabajo y una parió un ternero al que no le pusimos nombre. Este becerro seguía a su madre por donde iba y cuando la vaca trabajaba, él se tumbaba y solo mamaba si su madre paraba a descansar.

Alguna vez dormíamos al abrigo de las vacas de lo mansas que eran, pero el becerro era un torito bravo que más de una vez arremetía con la cabeza y en cierta ocasión alguien tuvo que subirse de un salto a un árbol para evitar una peligrosa embestida.

Al final, llevamos a las vacas a las Cuevas de Ambrosio y allí las hicieron carne.

Y fuimos a buscar unos mulos y así nos hicimos con Prevenido en la Puerta, un mulo romo fuerte y recio que aparte de cargar con el hato, trabajaba con el arado junto con otro mulo de un vecino con el que hacíamos “aparcería”.

El trabajo con los mulos era distinto a con los toros, éstos últimos, no aceptaban la carga, alguna vez les poníamos las alforjas pero teníamos que llevar el hato cargado en una borriquilla que nos servía de transporte. Tampoco se dejaban montar y eran fuertes

pero toscos y difíciles de dominar, pero aptos para un terreno montañoso como aquellos cerros por los que andábamos siempre, aunque había que permanecer con cuidado de no enfurecerles porque te podrías llevar una embestida o una coz.

Realmente habíamos progresado con el cambio de animales puesto que los mulos se dejaban acariciar, les mirabas a los ojos y percibían lo que les decías de tal forma que aprendían los caminos y ellos solos llegaban al tajo. También se dejaban montar, eran fuertes y resistentes como para cargarlos de leña, sacos de aceituna en la temporada o cántaros de agua en las aguaderas de esparto. Se les vestía con la albarda forrada de lana de oveja y paja para protegerlos de la carga y el ronzal nos ayudaba a dirigirlos. En la panza unas cintas se unían con hebillas para que la albarda quedara bien sujeta y no se moviera la carga ni los serones. Ya en la labranza, formaban junta con el pesado arado del cual estiraban de una forma precisa. Prevenido, mulo romo, cogía surco y tozudamente no lo soltaba y si iba acompañado por una mula castellana, formaban una estupenda pareja puesto que ésta seguía sus pasos con soltura. No había mejor junta que mulo romo y mula castellana. Ésta, nacida de burro y yegua, solía ser dócil y trabajadora. Del cruce de burra y caballo se engendraban los mulos romos, que eran resistentes, altos y muy aptos para el trabajo del campo. Por lo menos Prevenido resultó ser una buena bestia que no tuvo comparación ni con el arado, ni con la carga ni como amigo.

Sí, un buen mulo domado y trabajador era algo muy apreciado en una época donde a duras penas se dependía de las labores del campo y de lo que producía. Eran buenos acompañantes y vigorosos. Y si los premiabas con grano de cebada, trigo o centeno revuelto con la paja en el pesebre, mejor. En la labranza les poníamos una “sereta” de esparto para echarles de comer. Incluso les ofrecíamos algo en la mano sin mordernos y aceptaban las caricias en el cuerpo y en la cabeza embellecida por las crines del cuello.

Una burra vieja que compramos en Cañada Catena y se llamaba Cabrita se nos murió en El Nobaleal. Allí la dejamos abandonada porque llegó un momento en el que no se podía mover de vieja y enferma que estaba. Poco a poco fue devorada por las alimañas de la sierra como cuervos y zorros. Tiempo después, aún quedaban sus huesos hasta que la tierra de la montaña los engulló con el paso de los años.

Los burros, por lo general, eran más tozudos y aunque desarrollaban menos fortaleza, hacían su papel de carga y transporte y se dejaban montar apaciblemente.

Todo lugareño de Peñolite disponía de por lo menos una bestia con la que poder trabajar las faenas en el campo. Los toros poco a poco fueron desapareciendo y sustituidos por mulas. Si se necesitaba una pareja para la labranza, se intercambiaban los animales con el de cualquier vecino o familiar para poder realizar esas labores. También, los mas pudientes, disponían de un par de mulos o más, y si te lo podías permitir; un caballo para pasear por los caminos o cubrir a las mulas y burras. Como mi abuelo José que se paseaba orgullosamente por el pueblo en su flamante yegua.

Recuerdo bajar con la yunta de mulas y parar en el pilón para que bebieran agua. A partir de ahí, nos montábamos en ellas y recorriamos el camino hasta llegar a la Cañada del Toril alternando el camino montados o pie. Los animales conocían el camino perfectamente y a pesar de las bifurcaciones que los senderos nos ofrecían, la costumbre, inteligencia o lo que fuera, hacía que siguieran perfectamente el mapa trazado en sus grandes cabezas, hábiles e inteligentes. No había semejanza con la tozudez de los toros que siempre eran bestias desconfiadas, toscas y peligrosas.

El progreso llegaba a Peñolite y poco a poco, desaparecieron los toros de la Dehesa, ya que las mulas y los burros eran más completos aunque menos resistentes. Necesitaban sus cuidados como el de las pezuñas que les crecían desmesuradamente en

forma de cascos que se debían cortar, limar y herrar con herraduras para cuidarles los pasos, o sujetarles los labios con unas tablillas para que se dejaran cortar las crines. Y permitirles comer hierba, forrajes, paja o arbustos y todo aquello que pillaban por el terreno. Cuando bebían agua parecía que no tenían hartura pero se hacían amigos de los humanos excepto alguna bestia rebelde que te pudiera lanzar una coz.

-Tú te deberías meter a Guardia –le decía Diego a mi padre. Y dejar tu pueblo que sólo nos trae desgracias y falta de alimentos. Aunque te duela.

Pero seguíamos bajando al mercado de ganado con nuestros pantalones de pana, nuestras camisas y chalecos limpios, nuestro chisque y papel de fumar, preparados para la fiesta y el trueque, para el chato de vino y el baile, para tratar con los gitanos y payos y con toda la gente que se apoderaba de La Puerta de Segura en su famosa Feria de San Mateo.

Y compramos una burra grande como ella sola, a la que nombramos Sevillana; enorme, grisácea y esbelta, la cual trajimos a Peñolite montados a ratos en ella a ratos andando. Era dócil y buena y parecía apta para la labranza y carga de lo grande que era. Y tan comilona, que un año se la llevaron a la siega de cereal en los campos cercanos de Ciudad Real y de tanto comer trigo regresó desmesuradamente gorda.

-Que coma lo que quiera –le decía el mayoral a mi padre.

Y así pasó, que volvió más enorme aún de lo que era y por haber comido tanto, con el cuello torcido y deforme.

Diego, en aquellos años sesenta, regresó a “Palmas” de nuevo. Esta vez para quedarse. Cargó con su familia, trastos y enseres, y se estableció en la capital. Eran años

duros de falta de recursos en la Sierra y la emigración parecía ser una buena salida a los que ya no podían soportar más con lo que ofrecía el campo. Además, la sucesiva parcelación de las herencias familiares hacía inviable el progreso de una familia disgregada y la maquinaria agrícola empezaba a dar sus primeros pasos; primero con los tractores de cadenas y después con los de goma. Todo eso, unido a la prosperidad que otras ciudades lejanas ofrecían, implicaban el no dudarlos dos veces y salir de la Sierra de Segura.

Y así fue como en Mallorca crecieron y prosperaron sus hijos. Otros muchos, escogieron destinos como Valencia o Barcelona, pero en las Fiestas de San Juan, Peñolite se llena de emigrados y descendientes de emigrados que repletan la aldea. Forasteros que regresan a sus más lejanos orígenes y que aún conservan ese vínculo de la familia, la amistad, la casa del abuelo, el huerto de la tía, la alberca del sobrino o los amigos que dejaron allí o simplemente querer sentir profundamente algo que les une más allá del alma y que es imposible de explicar.

Y regresan a una tranquilidad absoluta, que tampoco obtienen en su ciudad de acogida y aunque ésta les tratara bien, les diera la vida, el progreso y bienestar, no hay nada como volver de vez en cuando y en el caso de algunos, a regresar definitivamente a saborear ese aroma de la Sierra, ese silencio tal vez roto por el panadero, al sonido del agua correr, de los pájaros, de las chicharras en verano. A ese pequeño paraíso que resume la cerámica de la fuente de la entrada: “Peñolite Enamora” y “Volverás”. Y quien no lo conozca pues que se quede con las ganas, seguramente, tendrá otro lugar para llenar su corazón o su alma, por nacimiento, familia o tradición.

La Nana fue la última burrita de la familia, hija de una burra anterior de mis tatarabuelos y a la que tuve el gusto de conocer. Era grisácea y sedosa. Pequeña y buena, obediente y atenta. Comía en la mano de todo aquello que le ofrecieras con sus dientes grandes y parduzcos o hierbas en el campo de las matas que estiraba con su cabeza de orejas puntiagudas y crines blancas. Mi abuelo le ponía el cabezal y la albarda y la paseaba por sus huertos, en el paraje llamado El Centenar. Allí la dejaba que se hartara al lado del cortijillo, que no es más que unas paredes de piedras techadas con unos palos a punto de derrumbarse. Mi abuelo se liaba un cigarro y se sentaba en una silla tranquilamente a fumar mientras se regaban los tomates, pimientos o las hortalizas plantadas. Y escuchaba sin prisa el ruido que producía el agua al caer por el caño de la alberca o las ranas saltar.

Debajo de una enorme higuera, al lado de un laurel y un frondoso nogal aún se conserva la alberca, el agua sigue manando por el caño, las ranas saltan y persiste la silenciosa silla.

Recuerdo como si lo estuviera viendo ahora mismo, que siendo pequeño, mi abuelo me alcanzaba la mano y me ayudaba a montar en la Nana.

-No tengas “cuidao” –me decía.

Primero estiraba de ella y yo permanecía montado y recorríamos el camino de vuelta a casa. Otras veces me dejaba el ronzal para que yo dirigiese al animal por el barbecho. Me gustaba cabalgar sobre la Nana, era un animal que te miraba con sus grandes ojos que te decían que era incapaz de hacerte daño. Y eso era importante.

Realmente, ella te conducía a ti, no tú a ella aunque poseyeras el ronzal. Conocía los caminos perfectamente y hasta esquivaba las piedras, obstáculos o baches con gran

maestría. No había detalle que se le escapara y aunque era una burra, he de reconocer que fue una gran persona. A veces los animales así nos lo demuestran.

La Nana permanecía bien cuidada en las mismas cuadras donde años atrás habían habitado: Morito, Barquillero, Navegante, Morita, Vinatera, Prevenido, Sevillana y alguna otra bestia que se me olvida en este momento. El habitáculo era enorme y espacioso y le sobraba tanto el gran pesebre como el lugar donde recostarse. Tenía toda la cuadra para ella sola y se le notaba que se encontraba a gusto entre nosotros y no coceaba. He de confesar que siendo un animal tan grande, no temías por tu integridad, no así como con los gallos americanos que llenaban el corral que siempre atacaban y querían picotearte porque eran más bordes que la grama.

A veces acompañé a mi abuelo a darle granos de maíz en la mano. Y aunque me daba cierto respeto, mordisqueaba la palma y la relamía con su enorme lengua. Y cuando conseguí superarlo, le acercaba a su hocico mondaduras de naranjas que le encantaban. Estaba muy graciosa cuando te observaba con esos ojazos y esas pestañas sugestivas. Cual mujer cegadora, cautivaba con su bonanza y sus encantos.

Pasado el tiempo, recuerdo montarme fácilmente en ella y cabalgando con su paso lento, pesado y sinuoso recorrer el camino de Las Cuevas hasta la Cañada del Toril y más allá. Se marchaba cómodamente sin caminar pero también al no mover las piernas estas se congelaban, se quedaban ateridas y tercas. Un buen día, tal fue el impulso que tomé para montar en ella, que caí de bruces por el otro lado de la burra dando con mis huesos en la tierra. Creo que mis hermanas aún se están riendo de esta anécdota. Pero bueno...

Pasó el tiempo y Diego vivía ya en Mallorca, trabajando en el aeropuerto removiendo los equipajes de todos los que llegaban a las islas.

Y mi padre bajó sólo por última vez a la Feria de La Puerta y cambió la Nana, ya muy vieja y torpe, por una pequeña gorrina que engordaría en la chiquera del cobertizo del corral hasta la próxima matanza.

Ya no queda nada de Las Cuevas ni de otros cortijos nombrados.

Mi padre se metió a Guardia y se marchó.

Todas las bestias desaparecieron de la comarca y poco a poco dejaron su paso a la maquinaria y jornaleros. Únicamente alguna yegua se ve pastar por la Dehesa.

Años más tarde aprendí a montar a caballo.

Mi tío Diego ya no regresó de Mallorca y tiempo después, murió enfermo del corazón cuando, curiosamente, fue una persona con un gran corazón para todos.

Los pájaros, las chicharras en verano y el sonido del agua corriendo siguen alegrando el silencio de las montañas en la aldea. Montañas de la Sierra de Segura que con tanta belleza, extrañadas, estoy seguro que preguntarán a ésta generación lo que nosotros mismos nos preguntamos:

¿Por qué nos fuimos?

Y el cerdo, al que no le pusimos nombre, nos lo comimos.

Peñolite, años 50,60 y 70.

Pd-Gracias a mi querido padre que me contó esta historia.





